

PEDRO LÓPEZ ÁVILA

De la herida a la luz

Rainier María Rilke, en sus 'Cartas a un joven poeta', decía que una obra literaria es verdaderamente buena cuando nace una necesidad íntima y vital del autor; Franz Kafka entendía que un libro debe ser el hacha para el mar helado que llevamos dentro. Pues bien, precisamente estos dos conceptos de interpretar el hecho literario o la experiencia poética, me parece a mí, que son el revulsivo que sacuden y conmueven a Fernando de Villena para la creación de su último poemario, publicado en Entorno Gráfico Ediciones (2026), bajo el título de 'Eternidad azul', estructurado en dos partes: la primera la conforman 37 poemas y lleva por título 'In Morte' y la segunda está compuesta por 21, a la que denomina 'Eternidad azul'.

Este libro lo abre justamente un inmensurable poema elegíaco ('In Morte'), en el que podemos observar cómo ya, desde el primer momento en el propio título, Fernando está negando gramaticalmente la muerte, y nos sugiere que la misma no tiene la última palabra, pues el prefijo latino «in» tiene el significado, en este caso, de negación. Nuestro poeta afronta el dolor como una prueba de amor y un testimo-

nio de resistencia moral. De sus entrañas nacen, por tanto, estos versos conmovedores, profundos y de una delicadeza grandiosa ante tan tremenda herida: la muerte de su hija Teresa, con tan solo treinta años: «Te has ido para siempre / y uno mide el rigor de esa palabra / y se niega a aceptarla». Antes bien, a pesar de sus primeras emociones, De Villena jamás —a lo largo de todo este proceso creativo— caerá en el nihilismo, sino que en su ética del dolor existe un marco estoico subyacente: «No quisiera quejarme / porque tú casi nunca te quejabas / a pesar del dolor y su cortejo (...) ni perderé la fe, pues tú la conservaste, valerosa, / hasta el último instante de tus días».

Hay en esta impresionante elegía una generosidad y una ternura infinitas en la forma en que el padre honra la memoria de la hija y es francamente asombroso cómo en el texto se entrelazan la belleza de los recuerdos —«tus besos como oreo / de rosas y celdas / en las noches del sur»— con el descalabro final para que, en última instancia, el autor encuentre el consuelo en la certeza cristiana y neoplatónica de la eternidad azul.

Y es que en la poética de Fernando de Villena, a pesar de su carácter marcada-

mente intimista, su yo lírico nunca es excluyente, sino que mientras nos transmite su vacío interior, su dolor y su nostalgia, nos va haciendo partícipes e introduciéndonos —sin apenas percibirlo y a lo largo de todo el poemario— a los suyos, que están inmersos en la fatalidad en que se ve sumida la casa: «Nuestras vidas ya no nos pertenecen / y solo nos conforta / tu sonora final y la esperanza».

A partir de aquí, la totalidad del libro se articula como un itinerario poético y espiritual que va desde el dolor punzante y la desolación que le provoca el fallecimiento de su hija, Teresa, hasta la búsqueda de paz, consuelo y trascendencia en la contemplación de la naturaleza y lo imperecedero con su 'Eternidad azul'. Dicho de otro modo: el poemario traza la metamorfosis de un sufrimiento devastador ('In Morte') hacia una luz cósmica e inmortal. Es, por consiguiente, el testimonio de un poeta que, arruinado por el dolor, convierte a su hija extinta, Teresa, en un astro eterno, Terestella, dotándola de la inmortalidad cristiana que el mundo físico le negó.

'Eternidad azul' es, pues, una de las obras más bellas, profundas y luminosas de toda nuestra historia literaria. Frente a la gran tradición elegíaca española —Jorge Manrique, Quevedo, Miguel Hernández, Lorca o Cernuda—, que suele terminar en la ceniza, el mar, la ruina barroca o el desgarrador trágico, Fernando de Villena sostiene el pulso en todo el poemario sin caer en la desesperación, transfigurando el llanto en luz sostenida.